
ADORACIÓN A LA CRUZ

A TRAVÉS DE LA ICONOGRAFÍA DE RIBERA

José de Ribera es uno de los pintores españoles más innovadores e importantes del siglo XVII. Nació en Valencia, aunque casi toda su obra la desarrolló en Nápoles y Roma. Es uno de los más destacados pintores religiosos de la época, y la mayor parte de sus obras se orientan en este sentido.

Su estilo es tenebrista: estudio de la luz para hacer salir de la oscuridad solo aquello que quiere resaltar para darle mayor dramatismo; y naturalista: se busca intencionadamente un profundo realismo.

En concreto, el tema de la Piedad o del Entierro de Cristo muerto, fue un tema bastante frecuente en él y sobre todo lo trata de una manera particular, tanto en la composición, la expresividad y, sobre todo, el sentido religioso.

Por eso, en este rato de meditación vamos a utilizar su iconografía como provocación para introducirnos en el innumerable misterio de la cruz.



Jusepe de Ribera. La Piedad (el entierro de Cristo) 1633. Museo Thyssen-Bornemisza

Este cuadro recoge una cautivadora escena compuesta por cinco personajes, cuatro de ellos en primer plano. Domina la imponente figura en diagonal del Cristo muerto, con una anatomía impecable, resaltan las heridas de los clavos y la lanzada. El rostro imprime una solemne serenidad y belleza. El lienzo, que apenas cubre su cuerpo acentúa más la sensación de fragilidad.

El cuerpo de Cristo es sostenido por Juan, el discípulo amado, con una expresión desoladora de confusión y desconcierto. Por encima de él, apenas se ven los rasgos desdibujados de José de Arimatea que tiene la mirada perdida en algún objeto a la izquierda del cuadro, quizá la cruz vacía.

El centro visual del cuadro lo constituye la figura triangular de María, cuyo vértice lo protagoniza su rostro en penumbra y el sobrecogedor gesto de sus manos en oración. El rostro es hermosísimo, a pesar del dramatismo. La mitad del rostro en oscuridad acentúa la expresividad del mismo.

A los pies de Jesús se sitúa María Magdalena arrodillada, sosteniendo y besando los pies de Cristo muerto en un gesto de inconmensurable ternura.

Se trata de una representación conmovedora del tema. Se palpan realmente tanto el sentimiento de pérdida de los personajes como la presencia de Cristo muerto del

LOS HECHOS

Al caer la tarde, como era la preparación de la pascua, es decir, la víspera del sábado, José de Arimatea, insigne miembro del tribunal supremo, que esperaba también el Reino de Dios, se atrevió a ir a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que ya hubiese muerto; llamó al oficial y le preguntó si había muerto ya. Al saberlo por el oficial, concedió el cadáver a José. Éste compró una sábana, lo bajó de la cruz, lo

envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca. Luego hizo rodar una losa para cerrar la puerta del sepulcro. María Magdalena y María la madre de José estuvieron mirando dónde lo ponían. (Mc 15, 42-47)

LOS PERSONAJES

La muerte, la impotencia, el sufrimiento es algo que golpea al hombre a lo largo de su vida de una manera brutal. No importa que esté avisado, es igual. A cada uno, cuando nos toca nos descoloca hasta el extremo.

Hemos vivido la muerte de Jesús y sus sufrimiento durante todo el día, de una manera intensa. Ahora se trata de contemplar, de mirar con los ojos del corazón. No es momento de sacar conclusiones sino de sentir, de orar con el corazón. Todas las palabras ya se han dicho.

Aquí tenemos al Cristo muerto de Ribera, y en torno una serie de personajes que reaccionan todos de distinta manera. Son una descripción simbólica de nuestras propias posturas ante el dolor y la pérdida: la incompreensión, el dolor, la ausencia. Sin embargo, detrás de estas actitudes, cada personaje añade otra que es típica del discípulo, del seguidor. En concreto: la fe, la esperanza y la caridad. Os invitamos a meteros en el cuadro y contemplar la escena como si fuerais cualquiera de los personajes representados.

JUAN: EL DESCONCIERTO Y LA FE

Representa el **desconcierto**, la confusión total en la que se hunde alguien que no se cree todavía lo que ha sucedido. Es una reacción típica que también nos ocurre a nosotros. Ante lo implacable de la muerte, las preguntas que surgen siempre son ¿por qué? ¿por qué a mi? ¿qué sentido tiene todo esto? ¿merece la pena vivir?

El discípulo amado de Jesús, el que estuvo apoyado en su pecho hace unas horas se niega a considerar la posibilidad de que aquella tragedia tenga sentido. Todavía mira la cruz con incredulidad. Es joven, se rebela, no se resigna.

Nosotros reaccionamos ante nuestras cruces de la misma manera.

Sin embargo, hay otra actitud que nos desvela algo más profundo y misterioso. Juan no entiende pero actúa: está sosteniendo el cuerpo de Jesús. No comprende, los acontecimientos

le sobrepasan, pero continúa siendo discípulo a pesar de todo, y en vez de posar la cabeza en el pecho de Jesús, es él el que aguanta el cuerpo del Maestro entre sus manos.

Juan nos da la clave de la **fe**. La fe que nos hace actuar a pesar de no ver nada claro. La fe del discípulo que acepta la cruz y sus consecuencias aún sin comprender nada.

MARÍA: EL DOLOR Y LA ESPERANZA

El gesto, la muñeca derecha doblada, las manos entrecruzadas, la sombra que cubre la mitad del rostro, los ojos irritados por las lágrimas, y ese gemido que parece salir de los delicados labios de la Madre. María es, después del impresionante cuerpo muerto de Cristo el centro del cuadro. También es el centro de la fe.

Si alguien sufrió aquella pérdida fue María. María sufre como sólo puede sufrir una madre. Es más. Si Cristo murió concentrando en su muerte todos nuestros pecados, María concentra en sí la capacidad de sufrimiento de todas las madres del mundo.

María no solo sufre. María recuerda que el anciano Simeón ya profetizó que una espada le traspasaría el alma. María mira hacia el cielo en oración como preguntando ¿es esta la espada? ¿es este el final del hijo que me diste? ¿es éste el premio de mi disponibilidad?

Pero a parte del dolor, María no se curva sobre sí misma hundida en la más absoluta desesperación. Su figura está erguida, de rodillas, con los ojos mirando al Padre. ¡María está orando! En el fondo de su dolor sabe que Dios es Dios, que esto no puede acabar así, y por eso interroga a aquel que la hizo Madre de su hijo. María ora porque todavía tiene esperanza. Está apabullada por la pérdida pero no se resigna a que el Dios de la promesa, el Dios Padre del que hablaba su Hijo ahora calle para siempre.

MARÍA MAGDALENA: LA AUSENCIA Y EL AMOR

La tragedia y el dolor se concentran en la parte derecha del cuadro. La parte izquierda, sin embargo, saliendo de las sombras el pintor ha concentrado en la parte inferior una escena de exquisita ternura. María besa los pies del que ha sido su Señor y Salvador. No le da repugnancia tener este último gesto de cariño hacia él. Es más, parece un gesto habitual ante la muerte de un ser querido: tocarle, besarle; como si uno se resistiera a dejarle marchar. Es la rebeldía contra la ausencia. Ante la pérdida nos gustaría quedarnos con el cuerpo, con algo que nos dijese que todavía está con nosotros.

María Magdalena besa los pies llagados como intentando que su inmenso amor retenga por un momento el alma del ser amado.

Sin embargo, este gesto, al igual que el de María y Juan, tiene segunda parte. No puede menos que recordar a aquella vez que, en casa de Simón, María de Magdala derramó perfume a los pies de Jesús y se los besaba llena de agradecimiento. En aquel momento se sintió perdonada, se sintió amada, a pesar de que no era una persona amable. Aquel momento cambió toda su vida.

El gesto es el mismo: agradecimiento, amor incondicional. Besándole los pies ahora, la Magdalena supera la desesperación y se lanza a lo único que sabe hacer desde que se encontró con Jesús: amar. El amor de Jesús le hizo volver a la vida a ella. Ahora no puede hacer otra cosa que pagar amor con amor.

JOSÉ DE ARIMATEA, EL ESPECTADOR

Se trata de una figura enigmática, detrás de Juan, en un segundo plano, casi como si el pintor no hubiera querido pintarlo. Sin embargo, si está ahí es porque Ribera quería decirnos algo. Su rostro es el de un anciano de perfil. Casi cubierto por las sombras, parece ausente de la escena. No mira a Cristo. Sigue mirando la cruz.

En este caso, su actitud no es doble, es plana. Se trata del espectador impassible que muchas veces somos. El que mira la cruz, pero no ve al crucificado. El que sigue con la nostalgia de aquellos tiempos en los que todo era mejor. Es el creyente que todavía no ha entrado a tocar el misterio profundo de la muerte de Dios. Está ahí mirando, en la sombra sin dejarse tocar el corazón.

El cuadro nos presenta una descripción de lo que es las distintas maneras de ser discípulo. El discípulo, o arranca de la experiencia de la cruz o no será más que simpatizante. ¿Cómo vamos a contemplar hoy nosotros? Repasemos cada personaje. Quitémosle el rostro. Pongamos el nuestro. ¿Hemos sentido alguna vez lo mismo que ellos? ¿Podemos asumir también hoy la actitud de discípulos que representa cada uno de ellos?

TIEMPO DE SILENCIO Y CONTEMPLACIÓN

El PERSONAJE ESCONDIDO

En el cuadro hay un personaje que no está pero que todos reclaman: Dios. Es el Padre del Hijo muerto, es al que suplica María, por el que se pregunta Juan, a quien Magdalena añora...

Es el que tiene todas las respuestas. ¿Dónde está Dios ahora? ¿Si es Hijo de Dios, que lo salve! Resuenan todavía en los oídos de María las burlas de la gente. Pero es cierto, ¿Dónde está el Padre cuando su Hijo muere? ¿Es verdad que lo ha abandonado?

Miramos este otro cuadro: *La Trinidad*, también de Ribera. El cuerpo de Cristo descansa sobre el regazo de Dios Padre. Entre los rostros de ambos, el Espíritu en forma de paloma. Llama la atención que el rostro y el cuerpo de Cristo son idénticos al cuadro de la Piedad. Otra cosa llama también la atención. La postura del Padre acogiendo al Hijo en su regazo parece una copia de otra Piedad que Ribera pintó para la Purísima de Salamanca. Deliberadamente el pintor nos está mostrando que Dios se identifica con la Madre que ha perdido al hijo.

El cuadro está en movimiento, el manto del Padre, la Paloma, el escorzo de Cristo sosteniéndose en el lienzo por medio de ángeles. Parece que el misterio de Dios no es estático sino movimiento continuo.

Un último detalle: Dios le está quitando la corona de espinas a Jesús.



Jusepe de Ribera, La Trinidad, principios de la década de 1630. Museo del Prado.

Jusepe de Ribera, Piedad, Iglesia de la Purísima, Salamanca.

Dios ¿EL GRAN AUSENTE?

¿Dónde está Dios cuando su Hijo sufre y muere? Es la pregunta que muchos teólogos se han hecho. H. Urs von Balthasar respondió una vez de manera misteriosa: Dios está muriendo con su Hijo.

Ribera lo ha pintado como una Piedad, porque Dios ha perdido también un Hijo. El Padre también ha pasado por la pasión. Dios ha sacrificado a lo que más quiere.

Todo ESTÁ CUMPLIDO

El gesto de quitarle la corona de espinas a Cristo contiene una delicadeza extraordinaria. Parece decir con ello: –Ya es suficiente. Ya basta de sufrimientos. Cumpliste hasta el final. Ahora descansa...

EL ROSTROS DE DIOS

Detengámonos en el rostro del Padre. Se trata de un anciano cansado y serio. Con los ojos enrojecidos de haber llorado. Es una mirada triste, pero no desesperada. Es la mirada que puede tener un Padre después de haber llorado la pérdida de su Hijo. Este es el gran misterio de Dios. ¿Qué hace Dios cuando sufrimos? ¡Sufrir con nosotros la pérdida de un Hijo!

¿Qué podría esperar yo de Dios? ¿Qué le puedo pedir cuando estoy sumido en el tormento de la desesperación? Al menos eso, que sea solidario conmigo, que sufra conmigo.

CONTEMPLACIÓN

Mirad a Cristo muerto. Descansando ya en el regazo del Padre. El regazo caliente de Dios. Pongámonos, a pesar de nuestros sentimientos, en el regazo de Dios. Dejémosnos quitar la corona de espinas de nuestros sufrimientos y pesares: la corona simboliza todo lo que nos

hiere, todas nuestras heridas abiertas, nuestros errores y pecados que han contribuido a la muerte del inocente. Ahora, en esta hora última, es el Padre el que viene y te la quita con suma delicadeza, para que no te haga más daño.

Mira el rostro de Dios. El rostro del Padre que ama y sufre precisamente porque ama. Te ama tan profundamente que no ha dudado en perder a un hijo por ti. Un Padre que llora contigo. Un Padre con rostro de Padre. Déjate mirar por él.

Ahora que tú le contemplas, déjate contemplar por esos ojos tiernos de Dios.

CONTEMPLACIÓN

ADORACIÓN A LA CRUZ

Después de contemplar el misterio que implica la cruz, ahora si podemos adorarla. En silencio, intentado concentrar lo que sentimos en nuestro corazón, nos levantamos poco a poco, ponemos nuestra cabeza en el leño seco de la cruz durante unos minutos y al final la besamos.

POEMA FINAL

Al fin de la batalla,
Y muerto el combatiente vino hacia él un
hombre
Y le dijo: –no mueras, te amo tanto.
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
–no nos dejes, valor, vuelve a la vida.
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Acudieron a él, veinte, cien, mil,
quinientos mil,
Clamando: –Tanto amor, y no poder nada
contra la muerte.
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos
Con un ruego común: –Quédate, hermano
Pero el cadáver, ¡ay!, siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
Le rodearon. Les vio el cadáver triste,
emocionado;
Incorporóse lentamente,
Abrazó al primer hombre; echóse a andar.

ORACIÓN

Tú Señor que nos has concedido contemplar los misterios de tu pasión y tu cruz, concédenos que sean motivo para nuestra conversión. Y ahora, después de quehacer del día danos la gracia del descanso sabiendo que mañana nos espera la alegría de tu resurrección, que vives y reinas en la unidad del Espíritu Santo. Amén.

A todos se les invita a que vayan saliendo cuando quieran y en silencio, y que respeten el silencio en la zona de la capilla. Quien quiera puede permanecer en la capilla un rato más.